

La enfermedad de Alzheimer de mi padre, junto con la vejez de mi madre se convirtieron en un tremendo problema para toda la familia pues no podíamos atenderlos como ellos necesitaban y, por supuesto, merecían. La situación cada vez resultaba más difícil de afrontar, sobre todo ante la enorme probabilidad de una parálisis de mi padre. El hecho de vivir en un primer piso sin ascensor, ni posibilidad de instalarlo, convertían lo que hasta el momento había sido una vida feliz y normal, en un tremendo problema de movilidad con el consiguiente riesgo de sufrir una caída.

Aquella casa, que con tanta ilusión compraron, para salir del bajo en el que habían vivido y creado una familia, se convertía ahora en una jaula que les limitaría sus movimientos, tanto en el interior de la vivienda, como en el acceso a los paseos que tanto les gustaba hacer juntos.

No podía permanecer de brazos cruzados, había que hacer algo. Pero ¿qué?, Dios mío ¿qué?.

Acordamos entre mis hermanas, mi hermano y yo, contratar una persona que viviese con ellos día y noche. La situación se alivió un poco, y aunque mis padres aceptaron bien la presencia de una extraña en la casa tampoco era la solución a los problemas de movilidad: cada vez era más difícil salir del piso, cada vez los actos cotidianos resultaban más peligrosos.

No sé en que momento se me pasó por la cabeza, pero había encontrado la solución. El bajo, en el que habíamos vivido siempre, ahora convertido en trastero familiar y almacén de materiales de mi hermano, el pintor, era la solución a los problemas de movilidad. Había que acometer una obra de envergadura, pues era preciso derribar tabiques, agrandar el cuarto de baño, eliminar todos los escalones, y construir, desde la habitación que hacía años convertimos en cochera, una rampa de salida a la calle.

No me lo pensé mucho, y así, una mujer de casi 45 años, con dos hijos adolescentes, y de profesión enfermera, se convirtió, de la noche a la mañana, en una "albañila" experimentada, hasta tal punto que ni siquiera hice un diseño, un pequeño plano de lo que iba hacer, quizás porque no lo sabía muy bien.

Lo primero fue buscar el apoyo familiar, así que arrastré con la fuerza de mi ilusión a mi marido, a mis hermanas y hermano, e incluso a uno de mis cuñados. Antes de darnos cuenta habíamos derribado todos los tabiques, dejando la casa formando una sola nave. Eso fue fácil. Me compré un martillo eléctrico, le cogí el gustillo, y hale, todo derribado.

El escombros lo llevaba, día tras día, al punto limpio, y fue tal el volumen de viajes, que el chico a cargo del punto ya me llamaba por mi nombre, y me reservaba un lugar para la descarga.

Ahora comenzaba la obra de verdad. Había que construir tabiques, pero dentro de estos había que colocar las tuberías del agua, los cables de

la luz, todos los mecanismos. Dios cuanto chisme lleva incrustada una pared. Quizás lo que más problema me dio fue el espacio de la ducha, pues había que construirlo para que cogiera dentro una persona con una silla de ruedas.

Poco a poco la casa tomaba forma. Las paredes de ladrillo fueron alicatadas unas, enyesadas otras. Aprendí el manejo de los materiales de construcción, el uso de herramientas, la distribución de electricidad y fontanería, pero lo mejor de todo es la satisfacción que sentía con lo que estaba haciendo y con el sentimiento de estar apoyada, en todo momento, por muchas personas queridas.

Cada vez que mi madre me llevaba algo para picar y de paso me animaba, cada vez que mi padre, a veces consciente, a veces sin darse cuenta de donde estaba, se daba una vuelta por la que iba a ser su nueva casa, me sentía realmente bien. Estaba agotada, pero me sentía muy bien conmigo misma: estaba haciendo lo que quería hacer.

Tuve mis momentos de desanimo, sobre todo los días, que tras una dura jornada de guardia en el centro de salud, tenía que ir para la obra, pues había tareas que no podían esperar. Pero me sentía bien, muy bien.

Cuando ya estaba casi a punto de finalizar, mi padre fue ingresado en el hospital aquejado de una neumonía, o eso pensábamos, pero no fue así, a los dos o tres días de estar ingresado murió. Se fue tal y como había vivido: sencillamente, sin dar un ruido, sin causar molestias a nadie. Y la casa, que con tanta ilusión le había preparado, nunca llegó a recibirle.

Pero la vida no es tan cruel e injusta como a veces pueda parecer, sobre todo cuando una la enfrenta de cara, sin miedo y sin remordimientos, por eso, una vez superado el dolor causado por su muerte, acometí la finalización de la obra.

Ahora aquella casa, ilusión y sueño de una etapa de mi vida, es un precioso apartamento, adaptado para minusválidos, con cuyo alquiler mi madre recibe unos ingresos complementarios a su escasa pensión, que le permiten vivir desahogadamente. Y yo cada vez que voy a realizar alguna de las tareas de mantenimiento, de las que me he hecho cargo, y veo lo bonita que esta, me siento bien porque me recuerda que hice lo que creía que debía hacer y me refuerza para seguir viviendo bajo esa consigna: hacer lo que una cree que debe hacer.

Rosi: la enfermera constructora.